

El crimen de lord Arthur Savile

I

Estaba cercana la Pascua y era la última recepción de lady Windermere. Los salones de Bentinck House se veían con este motivo mucho más concurridos que de costumbre. Seis ministros acababan de llegar del besamanos, deslumbrantes de placas y condecoraciones, y todas las mujeres bonitas de Londres allí congregadas lucían sus más elegantes *toilettes*. Al fondo del salón de retratos, se veía a la princesa Sofía de Carlsruhe, corpulenta dama de tipo tártaro, ojuelos negros y maravillosas esmeraldas, chapurreando francés a voces y riendo inmoderadamente cuanto le decían.

Ciertamente que era aquélla una singular miscelánea de gentes. Fastuosas damas de las más linajudas charlaban afablemente con radicales virulentos; predicadores populares codeábanse con escépticos conspicuos y una verdadera congregación de obispos perseguía de salón en salón a una fornida *primadonna*; numerosos miembros de la Real Academia, disfrazados

de artistas, ocupaban el rellano de la escalera y decíase que, en un momento dado, el comedor había estado desbordante de genios. Era, en suma, una de las más brillantes recepciones de lady Windermere y la princesa había perseverado hasta muy cerca de las once y media.

Apenas se hubo retirado, lady Windermere volvió al salón de retratos, donde un célebre economista explicaba solemnemente la teoría científica de la música a un virtuoso húngaro que estallaba de indignación, y comenzó a hablar con la duquesa de Paisley. Lady Windermere estaba maravillosa, con su largo cuello marfilino, sus grandes ojos de miosotis y sus densos rizos dorados. De *or pur* eran; no de ese color pajizo que hoy usurpa el nombre gracioso del oro, sino del oro que vibra en los rayos del sol o recela la materia extraña del ámbar; rizos que realzaban su rostro con nimbo de santidad sin arrebatarle su fascinación de pecadora. Lady Windermere era realmente un curioso estudio psicológico. Desde muy joven había descubierto la importante verdad de que nada se parece tanto a la ingenuidad como la imprudencia; y mediante una serie de travesuras, en su mayoría inofensivas, se había conquistado todos los privilegios de una personalidad. Más de una vez había cambiado de marido –el Debrett* al menos, cargaba en su haber tres matrimonios–, pero nunca había variado de amante, y la gente desde hacía tiempo había dejado de criticarla. Contaba cuarenta años, no tenía hijos y la impulsaba esa inmoderada avidez de placeres que es el secreto de la juventud perenne.

Súbitamente, lady Windermere miró con ansiedad en torno suyo y preguntó con su voz clara de contralto:

* Especie de guía diccionario, donde aparecen en compendio las vidas y milagros de las personas de la buena sociedad.

—¿Dónde está mi quiromántico?

—¿Su qué, Gladys? —inquirió la duquesa, estremeciéndose involuntariamente.

—Mi quiromántico, duquesa; no puedo vivir ya sin él.

—¡Querida Gladys! Usted siempre tan original —murmuró la duquesa, intentando recordar el significado exacto de quiromántico.

—Viene a leer mi mano dos veces por semana —prosiguió lady Windermere—; es interesantísimo.

«¡Dios mío! —se dijo para sí la duquesa—, debe ser una especie de pedicuro. ¡Qué horror! Si siquiera fuese extranjero. No resultaría entonces tan desagradable.»

—Voy a presentárselo a usted —propuso lady Windermere.

—¡Presentármelo! —exclamó la duquesa—; ¿no querrá usted decir que está aquí?

Y se apresuró a buscar en torno suyo su abanico de concha y su viejo chal de encaje, disponiéndose a huir a la primera alarma.

—Naturalmente que está aquí; sin él ni hubiera soñado con dar una fiesta. Dice que tengo una mano esencialmente psíquica y que si mi pulgar hubiera sido ligeramente más corto, habría resultado una pesimista convencida y hubiese ido a dar en un convento.

—¡Ah, comprendo! —exclamó la duquesa, tranquilizándose—. Por lo visto dice la buenaventura.

—Y la mala también, a veces —contestó lady Windermere—. El año próximo, por ejemplo, me veré expuesta a grandes peligros por tierra y por mar. No tendré, pues, más remedio que vivir en globo. Todo eso está escrito aquí, en mi dedo meñique... o en la palma de la mano; no recuerdo bien.

—Pero eso, indudablemente, es tentar a la Providencia, Gladys.